

Editorial

La evolución de las ideologías

Hoy día pueden decir con acierto los filósofos de las distintas escuelas que hablar de Izquierdas o Derechas es realmente anacrónico. Porque este vulgarismo que apareció a principios del siglo pasado especialmente a raíz de la Revolución Bolchevique, dejó de representar las corrientes de la época, ya desaparecidas, para darle paso a un pluralismo ideológico, si se quiere una mezcla confusa, donde se entrecruzan los caminos, las ideas y los procedimientos.

En efecto, ya a comienzos del siglo veinte la sola desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como entorno geográfico, empujó rápidamente los fenómenos cambiantes que provocaron, sin colapsos mayores, la desaparición del comunismo como orientador de las corrientes librepensadoras de entonces. Aniquilado este último, extinguido por sustracción de materia se hizo imposible mantener la ideología marxista con el estribillo desgastado de una “Izquierda militante”, o frases que tuvieron gran impacto años antes como “la dictadura del proletariado” o la “burguesía dominante”. De hecho la transformación de las Repúblicas Soviéticas fue tan rápido que una vez demolido el muro de Berlín, en menos de cincuenta años Rusia se convirtió en uno de los países más capitalistas del mundo.

Pero es un fenómeno general que ya Juan Beneyto había pronosticado y Giovanni Bovio había anticipado en su estupendo tratado de *Las doctrinas de los partidos políticos en Europa*. Los países del eje central en el antiguo continente se abrieron solícitos al libre proselitismo sin presionar resultados. Naciones como Italia, Alemania, Francia, que H. J. Laski describió como las potencias ideológicas de antes y después de las guerras, hoy cambian cada cinco años de supremacía en el poder según las variantes tecnológicas empleadas en las campañas electorales, según conceptos tan ambiguos como la imagen de los candidatos y conforme al potencial de caudillismo de estos, sin importar mucho el contenido filosófico de sus propuestas, sus programas de gobierno o sus planteamientos ideológicos. Vemos así desfilar gobiernos que antes podrían catalogarse de Izquierda y en ese mismo Estado a los cuatro o cinco años ganar las elecciones otras fuerzas de Derecha, o viceversa, o de Centro. Con la consabida nostalgia de rótulos ya gastados.

Pero son gobiernos hoy día marcados por las fuerzas centrífugas ideológicas del momento. Gobiernos confusos, donde uno puede encontrar entre sus procesos colectivos el impulso de atrevidas conquistas sindicales al lado, cohabitando, con represiones brutales a las muchedumbres por parte de las fuerzas policivas al mejor estilo de lo que sucedía cincuenta años atrás como políticas de extrema derecha, paradójicamente, en naciones que ostentan su condición de socialistas, como era el caso de Rusia.

Hoy lo que va quedando son migajas de esas ideologías de antaño. Son reemplazadas por conceptos y tecnologías de punta, por un proceso informático que “crea imágenes y candidatos”, al tiempo que el mundo se mueve hacia las conveniencias y no hacia las ideas. Yo creo que Hugh Cecil en el Parlamento inglés se habría avergonzado de ver su conservatismo tan devaluado, o Hobbes o Kant sufrirían depresión al presenciar el derrumbamiento de sus doctrinas. Para no hablar de países del tercer mundo donde los términos Derecha o Izquierda se mantienen por *snobismo*, por petulancia, porque la verdad es que en esos atrasados Estados ya nadie entiende nada que no sea la adaptación de los candidatos y campañas políticas a las conveniencias del momento. Lo de más, la forma de atraer electores, de hacer presencia democrática, corre por cuenta de la televisión y las formas mediáticas de publicidad. El resultado es una amalgama de gobiernos que quieren inventar todos los días perspectivas nuevas produciendo traumatismos graves. Venezuela podría haber ensayado ese desarrollo social que hoy propugna, ensillada en una política de penetración socio-económica para su progreso, sin necesidad de revivir el desueto estribillo de un socialismo trasnochado que ni es atractivo, ni penetrante, ni seductor en la actualidad para las masas.

Jean Touchard en su obra *Historia de las ideas políticas* trae una sabia observación cuando afirma que cada época trae sus nuevas ideologías, pero que el problema es ponerles nuevos nombres que desplacen los anteriores y que penetren en la conciencia social.

Es cierto. Hoy por hoy vemos surgir nuevas maneras de pensar pero no las hemos bautizado. En Estados Unidos de Norteamérica los Demócratas propugnan por una apertura económica y sindical pero presionan por el rígido control monetario. Mientras que los Republicanos insisten en ejercer la fuerza en Irak pero persiguen la libre explotación petrolera mundial de su capitalismo. ¿Cómo denominar estos híbridos? Alemania se juega su política de libre comercio además agresivo en el mundo exterior, pero asume como mandataria una dama de corte ideológico de Centro. Brasil persigue la socialización en la distribución de subsidios a las favelas pero su economía toda está rígidamente controlada con su régimen cambiario.

Así es en todas partes. Conceptos como Liberalismo y Conservatismo ya van quedando de museo. Se oye la frase de que las fronteras ideológicas van desapareciendo, pero lo que es más grave o si se quiere más notorio, es que las nuevas generaciones, cada día menos quieren saber de *ismos*, de ideologías y de doctrinas. Les interesa el caudillo, el momento, lo que les diga el Internet y no los libros. Para rematar, la pobreza como termómetro recalcitrante del pensamiento y de la vida, a estas alturas no entiende de ideologías y de programas, solo entiende de hambre y necesidades insatisfechas. Así, ensayar nuevas formas del pensamiento que de todas formas van a ensayarse, es, hasta cierto punto una perdedera de tiempo. Es lo que estamos presenciando.

Álvaro de la Espriella Arango